

GUERRA E IDENTIDAD POLÍTICA: EL CAMPO DE MARTE ESTADOUNIDENSE POSTMODERNO*

Heriberto Cairo Carou**

Resumen

El presente artículo aborda el estudio de la faz interna de la “guerra contra el terrorismo”, tal como la ha definido la administración Bush. Haciendo uso de las nociones de *Campus Martius* y de *herotopías* (de Michel Foucault), el autor esboza una visión crítica de la política de seguridad interna en los Estados Unidos, luego de los atentados del 11 de septiembre.

Abstract

This paper deals with the analysis of the domestic side of "war against terrorism", as defined by the Bush administration. Using the concepts of *Campus Martius* and *heterotopías* (by Michel Foucault), the author depicts a critical vision of the United States' domestic security policy after the attacks of september 11.

Palabras Clave: Campo de Marte, Guerra e Identidades Políticas, Estados Unidos de Norteamérica, Territorio, Seguridad nacional, Terrorismo, 11 de Septiembre.

Keys Words: *Campus Martius*, Ward and Identity, United States, Territory, National Security, Terrorism, September 11.

* La elaboración del presente artículo se benefició en sus inicios de la ayuda de la Secretaría de Estado de Educación y Universidades del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte de España (Ref. PR2003-0058), a la que el autor agradece su apoyo.

Artículo recibido el 23 de agosto de 2007

Aprobado el 3 de octubre de 2007

** Heriberto Cairo Carou es Profesor Titular de Ciencia Política y de la Administración. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid.

La conjunción entre guerra y territorio se encuentra en el centro de la definición del Estado moderno, tal y como lo manifiesta Weber en sus trabajos. La guerra es la expresión máxima del “monopolio de la violencia física legítima” que detentaría el Estado, y el “territorio” del Estado sería el ámbito de referencia de la misma. Constituyen, por tanto, el *vortex* de las prácticas estatales. Pero la guerra (y la paz) son conductas territoriales en más sentidos. No sólo ocurren en conjuntos espaciales concretos, sino que son el resultado de geoestrategias específicas, y son hechos inteligibles mediante discursos territoriales particulares. Esta diversidad de relaciones entre espacio y guerra tienen que ver con las diferentes caras de la guerra, que resume Shapiro:

[L]a Guerra en el Estado moderno muestra dos caras diferentes. La más prominente es [estratégica], [...] la guerra como instrumento de la política del Estado, y, como tal, la fisonomía de la guerra representa en sí misma la expresión de una verdad logística más profunda: la necesidad del Estado de enfrentarse a un peligroso mundo desordenado mediante el uso de la fuerza [...] [Ciertas] características de la guerra [están unidas] con proyectos duraderos del Estado: mantener la seguridad, despejar espacios para un funcionamiento vital y efectivo, cumplir con las obligaciones respecto a los amigos, etc. [...] La otra cara de la Guerra es ontológica [...]; se centra más en la afirmación de la identidad que en los efectos instrumentales del uso mortal de la fuerza (Shapiro, 1996, p. 457).

En este trabajo se aborda el estudio de la faz interna de la “Guerra contra el terrorismo”, es decir, vamos a mirar hacia lo que ocurre en el interior de las fronteras estadounidenses con motivo de esa guerra. Utilizo la institución romana del *Campus Martius* y el concepto foucaultiano de heterotopías para deconstruir el conjunto de prácticas que conforman la seguridad nacional tras los atentados del 11 de septiembre. En general, se intentarán contraponer textos de diversa índole con la “realidad” a fin de leer otros significados además de los intencionados, y poder entender mejor el sistema de conocimiento a partir del que surgen, así como su capacidad productiva. Esa es la utilidad del concepto de “heterotopía” de Foucault. Las heterotopías son lugares que se definen “por vía de contraste con las utopías”, como “lugares reales que son algo así como contra-espacios, un tipo de utopía efectivamente representada” (Foucault, 1967). Entre las utopías y las heterotopías sería posible distinguir experiencias de “espejo”: “Me veo a mi mismo allí donde no estoy, en un espacio irreal, virtual que se abre detrás de la superficie [del espejo]”, y entonces el espejo es una utopía pero es también una heterotopía “en la medida que el espejo existe en la realidad, donde ejerce una suerte de contra-acción sobre la posición que ocupo”. Por consiguiente, las heterotopías pueden permitirnos leer espacios reales porque en las heterotopías “los lugares reales que pueden ser encontrados en la cultura, pueden ser representados, contestados e invertidos simultáneamente” (Foucault, 1986, p. 24).

Se trata en definitiva de mostrar como las nuevas postmodernas “guerras virtuosas”, desarrolladas fuera de Europa Occidental y América del Norte reconfiguran la política, el territorio y la soberanía en los rincones del mundo en que se desarrollan, pero también en Occidente, y en particular en los Estados Unidos.

Las transformaciones de la guerra y las narrativas de la guerra global contra el terrorismo

La propensión de los Estados-nación modernos a la guerra dio un nuevo giro tras el fin de la Guerra Fría, que para algunos analistas supuso también el fin del “siglo XX largo”, es decir

de toda una época que se habría con las rivalidades interimperialistas que terminaron por conducir a la Primera Guerra Mundial y se cerraba con la caída de muro de Berlín. En todo este tiempo los Estados Unidos habían pasado de ser una potencia desafiante en el concierto mundial a una situación en la que quedaba como única superpotencia, habiendo pasado, entre medias, por una transición geopolítica que la había conducido a una situación hegemónica poco después de finalizada la Segunda Guerra Mundial. Las guerras del siglo XX marcaron, por lo tanto, también el ascenso de los Estados Unidos como potencia.

Pero desde los años 1990 se han producido más y más referencias acerca de la aparición de “nuevas guerras” (Dodds, 2000). Kaldor (1999), por ejemplo, ha usado el término para referirse a los conflictos que tuvieron lugar tras el fin de la Guerra Fría en lugares tan diferentes como la antigua Yugoslavia, Ruanda o Sierra Leona, donde grupos armados militares, paramilitares y de diversas insurgencias se habían entablado luchas violentas. La política de identidad había desempeñado un papel importante en estas guerras, pero no está tan claro que sólo por estas características se aparten significativamente de los patrones históricos de la guerra; por ejemplo, Gray afirma que aunque la Guerra del Golfo “tiene algo de nuevo”, la guerra desde 1945 se ha caracterizado por el empleo de armas de alta tecnología y por la “movilización militar permanente” (Gray, 1997, p. 21). El mismo Gray nos ofrece una larga lista de términos para describir este nuevo tipo de guerra, y termina por elegir el de “guerra postmoderna”, en tanto que opuesta a guerra “moderna”, debido a sus similitudes con otros fenómenos sociales (postmodernos). En cualquier caso, el fin de la Guerra Fría significó algo más que un simple cambio en el orden geopolítico mundial, lo que incluye la promoción política e ideológica del concepto de “guerra virtuosa” (Der Derian, 2001), un término que sigue siendo útil para discernir las características de las guerras de la Posguerra Fría. Der Derian las resume en referencia la guerra liderada por Estados Unidos en Afganistán:

Llamo guerra virtuosa a este nuevo conflicto híbrido, que se ha desarrollado a partir de las tecnologías de campo de batalla de la Guerra del golfo y las campañas aéreas de Bosnia y Kosovo; recurre a la doctrina de la guerra justa (cuando es posible) y a la guerra santa (cuando es necesario); clona la info-guerra de la vigilancia global con la guerra-en-red de medios de comunicación múltiples. En el nombre de la santísima trinidad del orden internacional (mercado libre global, Estados soberanos democráticos e intervenciones humanitarias limitadas) los Estados Unidos han encabezado una revolución en asuntos militares (RAM)¹ que subyace en la guerra virtuosa (Der Derian 2002, p. 8).

Es importante examinar los diferentes elementos de esta definición. La centralidad de la norma de integridad territorial en el orden de la Posguerra Fría ya se ha subrayado antes, pero hay que hacer hincapié una vez más que se trata de una transformación necesaria, de una precondition, para el desarrollo de las guerras virtuosas.

La revolución en asuntos militares a la que nos hemos referido antes constituye la dimensión militar de un cambio más importante que no es sólo tecnológico, sino que también tiene una dimensión social; es un cambio que se ha “iniciado debido a toda una serie de factores, que incluyen la globalización del capital, la transformación de la organización empresarial, la capitalización de las tecnologías digital y molecular, y el avance hacia economías basadas en el conocimiento y sociedades en red” (Dillon y Reid, 2001, p. 58). Autores como Ek (2000) o Latham (2002) estudian el concepto de RAM y los discursos asociados al mismo, basta ahora

¹ Las siglas en inglés son RMA (*Revolution in Military Affairs*).

señalar que la RAM hace menos claros los límites entre los asuntos exteriores e interiores de un Estado e implica transformaciones características en el modo de guerra. Más tarde me ocuparé de la primera cuestión, pero en relación a la segunda, es importante hacer hincapiés

En el hecho de que la RAM implica algo más que un simple cambio tecnológico. Es cierto que el empleo de alta tecnología ha sido habitual en la Guerra del Golfo, en Bosnia, Kosovo, Afganistán o en la Guerra de Irak, bien sea directamente para atacar al enemigo o para apoyar a las facciones locales aliadas, y también ha surgido un modelo de “guerra sin bajas” de esos conflictos (Kaldor, 2002). Aunque satisface muchos intereses (los del complejo militar-industrial o los de los ideólogos neoconservadores en busca de nuevos enemigos, entre otros), sus efectos más directos han sido ontológicos por naturaleza y han reafirmado una identidad estadounidense: “[Estos conflictos] no implican bajas estadounidenses, y pueden ser vistos en televisión, y demuestran la determinación y el poderío del gobierno de los Estados Unidos” (Kaldor, 2002). En pocas palabras, “desde la perspectiva de una historia coyuntural, [...] la RAM aparece como una transición de un modo social de guerra, la Guerra Total Industrializada, a otro, la Guerra post-Heroica o Deporte-Espectáculo” (Latham, 2002, p. 263).

Pero como señalaba antes nos vamos a ocupar de las transformaciones actuales en “la otra cara de la Guerra”, la ontológica, la que busca afirmar la identidad de las poblaciones en los Estados-nación, y a la hora de hacer esto es conveniente empezar recordando el anuncio de la más noticiosa de las últimas acciones bélicas de Estados Unidos en el planeta, la así llamada “Operación Libertad Iraquí” (*Operation Iraqi Freedom*), que el 19 de Marzo de 2003 según el presidente George W. Bush se comenzaba a ejecutar para lograr dos objetivos principales:

*Mis conciudadanos, en este momento, fuerzas americanas (estadounidenses) y de la coalición están en las primeras etapas de las operaciones militares encaminadas a desarmar Irak, liberar a su pueblo y defender al mundo de un grave peligro*².

Está claro que Bush ofrece un abanico de razones suficientemente amplio, que se inscribe en varias narrativas que hacen inteligible la acción, a saber: la existencia de armas de destrucción masiva que amenazaban la seguridad de los Estados Unidos, la opresión del pueblo iraquí por un dictador sin piedad y la existencia de un peligro para el mundo. El presidente de los Estados Unidos y los otros promotores de la acción cambiaron —y siguen cambiando, hoy en día la narrativa más “popular” es la que asocia la presencia de tropas extranjeras al intento de impedir una guerra civil interétnica en Irak de una a otra, según iban dictando las nuevas situaciones; por ejemplo, las manifestaciones masivas contra la guerra que se desarrollaron en todo el mundo animaron a usar más los argumentos acerca de la “liberación de Irak”. Pero el uso de uno no implica que sea más “real” o “relevante” que el otro, sólo hace más inteligible la acción en un contexto específico.

El ambivalente uso de estas narrativas por la administración Bush se capta bien en una tira de dibujos de Tom Tomorrow (Ilustración 1). El autor usa la película *Matrix reloaded*, una continuación de la original *Matrix* —que trata el tema de la permanente falta de fijeza de la realidad virtual, en la que uno no puede estar nunca seguro de la “realidad” de que

² “My fellow citizens, at this hour, American and coalition forces are in the early stages of military operations to disarm Iraq, to free its people and to defend the world from grave danger” *President Bush Addresses the Nation* (March 19, 2003).

En <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2003/03/iraq/20030319-17.html> (revisado el 24-05-2003).

“realmente” está pasando—, para mostrar la ambigüedad del discurso del gobierno estadounidense. Tomorrow, el personaje de la tira, intenta responder a la cuestión general de “¿Cuál es la Matrix del Partido Republicano?” “Es una ilusión que nos envuelve a todos nosotros... en la que la realidad misma es algo maleable... sujeto a constante revisión”. Uno de los personajes de la viñeta lo ilustra: “¡No importa si no encontramos Armas de Destrucción Masiva, porque *realmente* fuimos a la guerra para liberar al pueblo iraquí!”. Pero esta es también una historia acerca de la performatividad del discurso y la inteligibilidad de las acciones. No importa si las razones que se dan son verdad o mentira; lo que importa es ofrecer una explicación de la racionalidad de la acción que sea convincente. Nadie entendería la Guerra de Irak en la actualidad en términos de los “deseos del Emperador”, y sólo unos pocos —aunque sospecho que su número va en incremento— lo entenderían como “voluntad de Dios”. Pero la “defensa del mundo” o la “libertad del pueblo iraquí” son narrativas perfectamente inteligibles, como hemos visto antes.

Pero, además, la búsqueda de la “verdad”, la indagación acerca de cuál fue la auténtica razón para la iniciar la Guerra de Irak no es sólo algo inútil, sino que además nos desviaría de la auténtica cuestión, ya que, como nos señala Zizek:

Deberíamos estar muy atentos a no pelear falsas batallas: los debates sobre la maldad de Sadam Husein, sobre cuánto costará la guerra, etc., son falsos debates. El foco se debería centrar sobre lo que efectivamente está pasando en nuestras sociedades, sobre que tipo de sociedad está surgiendo aquí como resultado de la “Guerra contra el terror”. En vez de hablar sobre agendas conspirativas ocultas, uno debería desplazar el foco sobre lo que está ocurriendo, sobre qué tipo de cambios están teniendo lugar aquí y ahora. El resultado último de la Guerra será el cambio de nuestro orden político (Zizek, 2003).

Guantánamo, las detenciones secretas, las leyes patrióticas son señales claras de que algo ha cambiado *aquí*, pero ese aquí no es sólo los Estados Unidos, como muestran los vuelos de la CIA por todo el mundo con detenidos para ser torturados en cárceles secretas, con la complicidad o, al menos, la “distracción” de los gobiernos europeos. Pero exploraré, antes que nada alguno de los sentidos de la política como continuación de la guerra, de la que nos hablaba Foucault (1997), a través de las prácticas representaciones asociadas con un espacio consagrado al culto de la guerra: el *Campus Martius*.

El *campus martius* y sus sucesores

El *Campus Martius* en la antigua Roma estaba consagrado a Marte, el dios de la guerra. En los primeros siglos tras la fundación de la ciudad era una explanada situada en el exterior de la ciudad, más allá del *pomerium* o límite de carácter sagrado de la urbe. En el *Campus Martius* se hacían los ejercicios militares del ejército y juegos gimnásticos de los jóvenes, y, por su emplazamiento fuera de la ciudad, era un lugar adecuado, cuando había que dar audiencia a un general con *imperium* o a parlamentarios enemigos que no podían entrar en la ciudad, o para la celebración de los *triumphs*, los éxitos militares. En suma, se usaba como “lugar para las asambleas de los ciudadanos, en su condición militar como ejército y en su condición civil, como *comitia centuriata*” (Platner, 1929, p. 92). La *comitia centuriata* resultó de las reformas de Servius Tullius, que fue el sexto rey de Roma en el siglo VI antes de nuestra era. Preocupado por hacer de Roma una potencia mayor y más capaz de competir con sus enemigos, llegó a la conclusión de que la incorporación de los plebeyos al servicio de las armas y al pago de tributos sería una medida adecuada. A tal fin estableció una nueva

división del pueblo, una nueva clasificación de la vida, basada no en el nacimiento, como la antigua división en tribus, sino en la residencia, la propiedad y la edad. Estas nuevas agrupaciones, que constituirían la nueva base para la organización del ejército, las *centurias*, en poco tiempo se convirtieron en una división política también, ya que asumieron los papeles políticos que habían tenido las asambleas de patricios, la *comitia curiata*.

La *comitia centuriata* reunía a patricios y plebeyos, es decir, a todos los ciudadanos sin distinciones, y no perdió nunca su carácter militar; por ejemplo, la llamada a la asamblea era realizada mediante trompetas, ya no por la voz del *lictor*, y ya no se reunía en el Foro, sino en el *Campus Martius*. Y las votaciones se realizaban por centurias en el *ovile* o *septa*, un espacio cerrado situado dentro del *Campus Martius*. De esta forma el lugar destinado a la (celebración de) la guerra se conectaba inseparablemente a la política interna en la organización espacial clásica de la ciudad. De nuevo nos encontramos con otra muestra de cómo la política es una continuación de la guerra con otros medios, según el ya mencionado aforismo foucaultiano.

Hay que hacer también hincapié en que el *Campus Martius* no era por completo un espacio “público”, al menos en el sentido moderno del término —es decir de libre acceso para todo el mundo—, porque de la asamblea de centurias estaba excluida mucha gente: los extranjeros (*peregrini*), los esclavos, las mujeres y los *ærarians*³ (Schmitz, 1875). Por lo tanto, se trataba de un lugar cuidadosamente delimitado según reglas estrictas que incluían/excluían los cuerpos pertinentes. Era, por lo tanto, claramente una heterotopía, en el sentido de Foucault, con una de sus características sobresalientes: “un sistema de apertura y cierre que, a la vez, las aísla y las hace penetrables” (1967 [1986, p.26]).

El *Campo de Marte* y la *asamblea de ciudadanos* se reconstituyen en otros momentos, es decir, el ejército y la guerra vuelven a desempeñar un papel constitutivo del cuerpo político en otras circunstancias y lugares. Así, el *Campo de Marte* moderno se constituirá en los barracones de los ejércitos permanentes tras la Revolución francesa, y la *nación* será la nueva *comitia centuriata*. En este sentido, Norton (1988) señala acertadamente que el ejército moderno representa la idea de la nación como una unidad, que es un concepto que magnifica la percepción de la utilización de la fuerza armada como legítima, por lo que vincula estrechamente a los ciudadanos al ejército. El ejército es así un signo de la nación.

Sin embargo, es cierto que estos ejércitos nacionales permanentes nacieron en estrecha relación con la defensa y conquista de territorios y con la acumulación de capital; por lo tanto, antes de ser signos de unidad nacional fueron exclusivamente instrumentos de poder económico y político de los que controlaban los nacientes Estados europeos de los siglos XVI y XVII. Pero después de 1780 y la Revolución industrial, se produjeron cambios profundos en la estructura y, sobre todo, en la organización de clases, que tomó una forma ampliamente *nacional*, es decir, que se organizó en la práctica dentro de las fronteras estatales, por más que las clases principales *estructuralmente* fuesen transnacionales. “Esto significó que la *praxis* de clase no pudo supervisar la geopolítica”, pero la guerra continuó siendo racional, aunque ya no lucrativa, y privativa del Estado, con un factor que aumentaba la probabilidad de que ocurriese: “la forma en que la lucha de clases se resolvió en ciudadanía había hecho del mundo un lugar más peligroso” (Mann, 1987, p. 66). En definitiva, la guerra se había convertido en “guerra popular”.

³ *Ærarians* eran contribuyentes al fisco de Roma, pero no tenían derecho de sufragio (Schmitz, 1875, pp. 330-340).

Schama (1989) describe el “nacionalismo militarizado” de la Revolución francesa no como un subproducto de las circunstancias sino como algo intrínseco a la misma. Pick (1993) señala que hay que mirar hacia fuera y hacia dentro, para poder ver la paradoja de una Revolución que a la par que apelaba a valores universales, a la humanidad, más allá de las fronteras de la República, también contenía un poderoso impulso particularista; por ejemplo, Robespierre demandaba en 1793 la expulsión de los generales extranjeros del ejército “a los que hemos encomendado imprudentemente el mando de nuestro ejército” (cit. en dic, 1993, p. 160). Y era necesario purgar el ejército de extranjeros, porque precisamente el ejército iba a ser el encargado de enfrentarse a los peligros extranjeros.

Debe quedar claro, por consiguiente, que los ejércitos permanentes no sólo pueden desempeñar las estrictas funciones económicas y políticas para las que fueron creados, sino que de hecho, en los tiempos actuales, la capacidad del ejército de representar a todas las gentes que están encuadradas en un Estado sólo es posible gracias a que el ejército ha sido producido como signo de la nación (Norton, 1988, p. 147). Y esta característica esencial se mantiene a pesar de los cambios que se han producido en períodos recientes. De este modo, en los países centrales y semiperiféricos, todos los ciudadanos pueden participar de forma vicaria en las guerras en las que combate “su” ejército, alegrarse y enorgullecerse con las victorias de “sus” muchachos” o entristecerse y avergonzarse de las derrotas de los “suyos”, conforme al nuevo modo de guerra, la Guerra Deporte-Espectáculo, que hemos descrito antes. En definitiva, los ejércitos en esos países han entrado de lleno en la sociedad del espectáculo y producen guerras para consumo interno y legitimación del sistema social, pero guerras que causan miles y millones de muertos. Pero esta ya es una historia más postmoderna.

El campo de marte (estadounidense) en la posguerra fría

El *Campus Martius* tenía una localización precisa, como acabamos de ver, pero, ¿dónde está el *Campo de Marte* actual? Por supuesto que no ocupa un lugar material o físico determinado; para aproximarnos a su perfil debemos explorar la faz ontológica de las guerras virtuosas postmodernas, lo que voy a hacer, primero, a través del análisis de la reconfiguración de las “estructuras espaciales domésticas” (Williams, 2003, p.288) en los Estados Unidos tras el 11 de septiembre de 2001, y, después, mediante el examen de los significados y discursos asociados a los Cementerios Nacionales en los Estados Unidos. Esto nos permitirá entender mejor la configuración de la identidad “americana” a través de la guerra.

Según afirmaba en 2002 el entonces Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, una guerra se puede iniciar preventivamente en el marco de la estrategia de seguridad nacional de los Estados Unidos:

[D]efender a los Estados Unidos requiere tareas de prevención, autodefensa y a veces ataques preventivos. No es posible defenderse contra cualquier clase de ataque concebible en cada lugar concebible en cualquier minuto del día o de la noche. Defenderse contra el terrorismo y otras amenazas del siglo XXI puede requerir que llevemos la guerra hasta nuestros enemigos. La mejor, y en algunos casos, la única defensa es un buen ataque⁴.

⁴ “[D]efending the U.S. requires prevention, self-defense and sometimes preemption. It is not possible to defend against every conceivable kind of attack in every conceivable location at every minute of the

Estas palabras de Rumsfeld no con sólo una afirmación militarista agresiva y una defensa de la guerra preventiva, sino que implícitamente formulan el colapso de la distinción entre el interior y el exterior en el terreno de la acción militar. El espacio interno queda abierto al escrutinio del ejército:

tras el 11S la legislación sobre la seguridad del 'territorio nacional' (homeland) [...] permite niveles sin precedentes de vigilancia interior, e insinúa la posibilidad de que operen tribunales militares en el sistema jurisdiccional interno de los Estados Unidos, [y] difumina muchas de las anteriores distinciones entre la lucha contra la delincuencia interna y la guerra global (Shapiro, 2004, p.178).

Este es un cuestionamiento definitivo, como afirma Shapiro, de la presunción de Giddens de que la pacificación de la población del Estado haya tenido como consecuencia la subsiguiente retirada del ejército de los asuntos domésticos (Shapiro, 2004, pp. 178-9). Sin embargo, no sería justo pensar en que esta es una posición característica de los neoconservadores radicales de la administración Bush, porque el ex presidente William Clinton ya hizo una declaración de índole parecida en el discurso inaugural de su primer mandato, en el que se afirmaba la creciente dificultad de distinguir entre asuntos exteriores y asuntos internos, que en última instancia le llevaba a pedir nuevas formas de ver el mundo:

Debemos aprender a negociar una nueva geografía, en la que los límites sean irrelevantes y las distancias sin significado (Clinton 1997, cit. en Ek, 2000, p. 862).

Por supuesto, que no es la primera vez que los militares se han movilizado para intervenir en asuntos internos de un país, dentro o fuera de los Estados Unidos. Por poner un caso, las dictaduras militares latinoamericanas recurrieron frecuentemente en sus discursos de seguridad nacional a narrativas en las que se incluían imágenes referentes a ese colapso entre interior y exterior, como era la idea de las "fronteras internas" que, al ser también fronteras, podían ser patrulladas por militares, intentando legitimar así su intervención.

Lo novedoso del caso es que la intervención formal de los militares en asuntos internos del Estado, hasta ahora privativos de la policía, tiene lugar ahora en países democráticos. En el documento de Estrategia Nacional para la Seguridad del Territorio Nacional (*National Strategy for Homeland Security*) de los Estados Unidos, se hacen provisiones específicas sobre el uso de las fuerzas armadas en apoyo de las autoridades civiles:

Las fuerzas armadas fueron una parte integral de la respuesta de nuestra nación a los ataques terroristas del 11 de Septiembre [...] En Abril de 2002, el presidente Bush aprobó una revisión del Plan de Comando Unificado (Unified Command Plan) que incluía el establecimiento de un nuevo comando de combate unificado, el Comando Norte de los Estados Unidos (U.S. Northern Command). Este Comando será responsable de la defensa del territorio nacional y del apoyo a las autoridades civiles (Office of Homeland Security, 2002, p. 44).

day or night. Defending against terrorism and other emerging 21st century threats may well require that we take the war to the enemy. The best, and in some cases, the only defense, is a good offense" Secretary Rumsfeld Speaks on "21st Century Transformation" of U.S. Armed Forces (transcript of remarks and question and answer period). National Defense University, Fort McNair, Washington, D.C. (January 31, 2002). En <http://www.defenselink.mil/speeches/2002/s20020131-secdef.html> (revisado el 15-05-2003).

Según Williams, el terrorismo y las medidas antiterroristas están generando una nueva “normatividad”, esto es, nuevos “principios éticos que orientan la conducta humana, así como los límites constitucionales e institucionales de las acciones del gobierno que pudieran violar esos principios” (2003, p. 274-5). Ciertas privacidades y derechos que antes eran respetados, ya no lo serán más, y las estructuras espaciales asociadas con ellos también han cambiado. Se está construyendo una nueva “normalidad” mediante el uso de tres tipos de técnicas: “el control del movimiento en el espacio; el control del acceso a lugares, y la re-definición de la escala de las conductas políticas y no-políticas” (Williams 2003, p.284). Todas estas técnicas se manifiestan en diversas situaciones: la omnipresencia de la vigilancia, los rigurosos controles de embarque en los aeropuertos, la detención prolongada de personas (fundamentalmente de religión musulmana) sospechosas de tener vínculos con el terrorismo (aunque no necesariamente con pruebas de esos vínculos) o la erosión de la privacidad de cuerpos y lugares.

Mirando hacia dentro... desde fuera

La imaginación geopolítica del Estado, a primera vista puede parecer que está orientada sólo “hacia afuera”, pero en realidad es parte de un ejercicio político de doble sentido, de ida y vuelta. Porque la imaginación geopolítica de un Estado (Agnew 2003 [2005, p. 2 y ss.]) —es decir, la visión del mundo y de su funcionamiento geográfico que sostienen los intelectuales de Estado— es sólo la otra cara de la identidad nacional, o quizás sea mejor decir que la identidad nacional requiere una imaginación geopolítica que permita definir el Otro contra el que se ha de construir dicha identidad.

David Campbell, por poner un ejemplo, ya puso en relación ambos extremos mostrando como “la identidad de los Estados Unidos de América ha sido escrita y reescrita a través de las políticas exteriores que se aplican en su nombre” (1998a: x). La identidad nacional es en este sentido producida y reproducida en el acto de establecer los límites políticos entre los Otros y Nosotros o los límites jurídicos entre el Interior del Estado y el Exterior del mismo, entre el Peligro y la Seguridad, en definitiva. Y, como toda identidad, la nacional es siempre inacabada, nunca termina de conformarse definitivamente, surge de una inmensa ausencia original y, como propone Ernesto Laclau (1994, p. 3), es mejor contemplarla en términos de proceso, como proceso de identificación. Además, los procesos de construcción de la identidad no son uniformes en todos los países, depende en buena medida de la posición que ocupan en el sistema interestatal.

Como ya hemos visto en el capítulo anterior hay un creciente debate sobre cuál es la naturaleza del poder de los Estados Unidos en la actualidad. Decía que términos como “imperial”, “imperialista” o incluso “colonial” han sido utilizados crecientemente para describir la política exterior americana, pero más allá de esa discusión es importante hacer hincapié en que el objetivo fundamental de la actual política exterior de los Estados Unidos es reafirmar su completa soberanía sin restricciones. Y quizás tengan razón los que interpretan que la acción unilateral en el escenario interestatal o el rechazo de la jurisdicción del Tribunal Penal Internacional no son síntomas de una renovada política imperialista, como la que desarrolló Estados Unidos en el Caribe y en el Pacífico a finales del siglo XIX, sino que su objetivo es más bien reforzar la soberanía estatal. Y Kaldor va aún más allá:

Los Estados Unidos quedan mejor descritos no como un país imperial sino como ‘el último Estado-nación’. Es el único Estado, en este mundo globalizado, que todavía tiene la capacidad de actuar unilateralmente. Su conducta está determinada menos por

consideraciones imperiales que por preocupaciones de su propia opinión pública nacional. La guerra sin-bajas es también una forma de movilización política. Se trata de satisfacer al propio electorado, no de expandir su influencia en el mundo, incluso aunque esas acciones tengan un profundo impacto en el resto del mundo (Kaldor, 2002).

Sin embargo, creo que esta interpretación de los objetivos de la política exterior de los Estados Unidos se ajustaría mejor a la conducta de un país aislacionista, y este no es, evidentemente, el caso norteamericano tras la Guerra Fría. Pero, además, hay que tener en cuenta que una política de afirmación de la soberanía no es incompatible con una política de afirmación de la hegemonía, del dominio completo e irresistible, en el resto del mundo.

En su trabajo sobre “otros espacios” Michel Foucault usa los cementerios para mostrar los significados cambiantes de las heterotopías. Los cementerios cristianos hasta el siglo XVIII estaban situados en el espacio consagrado de las iglesias, en medio de las ciudades, y con la excepción de algunos notables, había pocas tumbas individuales. Se concedía poca importancia a los restos humanos ya que se creía que la “vida eterna” estaba al alcance de los humanos. Sin embargo, a partir del siglo XIX los cementerios se convirtieron en un lugar más importante en una sociedad que ya no estaba segura de la inmortalidad humana, en especial para aquellos que creían que el cuerpo es “a fin de cuentas el único resto de nuestra existencia en el mundo”. Estas nuevas consideraciones acerca de la naturaleza humana condujeron necesariamente a un cambio en el emplazamiento de los cementerios:

[P]or otro lado, sólo a partir de comienzos del siglo XIX los cementerios comenzaron a estar situados fuera de los límites de las ciudades. Correlativamente a la individualización de la muerte y a la apropiación burguesa de los cementerios, surge una obsesión con la muerte como una “enfermedad”. La muerte, se supone que trae enfermedades a los vivos, y es la presencia y la proximidad de la muerte justo al lado de las casas, junto a la iglesia, casi en medio de la calle, la que propaga la muerte en sí misma (Foucault, 1967 [1986, p. 25]).

El *Campus Martius* romano era de propiedad pública y estaba situado fuera del *pomerium*, características que salvando las distancias comparten los cementerios de hoy en día. Si, como hemos descrito, el sentido de pertenencia a la comunidad política que tenían los romanos iba de la mano de la celebración de la conducta violenta en la guerra (y consecuentemente de la muerte), en el caso de los cementerios modernos el recuerdo de los desaparecidos es reinterpretado en relación a los que les sobreviven, pero en el caso de los muertos en guerra la referencia es la comunidad nacional.

De variadas formas y en muy diversas sociedades el recuerdo de los muertos en la guerra es motivo de celebración comunitaria, y alimenta un sentido no sólo de identidad sino también de misión nacional. La institución del Día en Memoria de los Caídos (*Memorial Day*) ilustra adecuadamente este punto, y ayuda a mostrar además cómo los cementerios funcionan como heterotopía.

En el discurso anual del Día en Memoria de los Caídos del año 2003, el presidente George W. Bush hizo diversas referencias al “deber” y al “recuerdo”, repitiendo varias veces la siguiente frase: “Esta nación no olvida”. Del mismo modo que la memoria individual tiene que entrenarse para no perderse, la memoria colectiva no sólo es entrenada sino cuidadosamente seguida y regulada: “Todos los americanos (estadounidenses) y cada una de las naciones libres de la Tierra pueden seguir los pasos de su libertad a través de los indicadores blancos

de lugares como el Cementerio Nacional de Arlington⁵, donde los héroes que murieron en las guerras “nacionales” están enterrados.

Los Cementerios Nacionales⁶ se crearon en Estados Unidos en 1862, en plena Guerra de Secesión, cuando el Congreso autorizó la compra de “campos” para construir cementerios “para los soldados hayan muerto al servicio del país”. Hoy en día hay 140 Cementerios Nacionales, que se distribuyen entre todos los estados y que están bajo diversas administraciones. Más de dos millones y medio de ciudadanos estadounidenses, incluyendo veteranos, de todas las guerras y conflictos en los que se ha visto envuelto Estados Unidos (desde la Guerra de Independencia hasta la Guerra de Irak) están enterrados en ellos.

El objetivo de las prácticas realizadas en los Cementerios Nacionales y de la retórica que las acompaña es mantener “viva” la comunidad política mediante el recuerdo de los muertos en guerras cercanas o distantes, que en su momento contribuyeron a la construcción o reforzamiento de la identidad nacional. Cementerios como Arlington, en Virginia, o Punchbowl, en Hawaii, son, según Ferguson y Turnbull “un espacio simbólico que es dialógico y heteroglósico, y que evoca una textura rica y diversa de memorias y narrativas” (1999, p. 117). Las narrativas asociadas a los Cementerios Nacionales están plagadas de referencias al “honor” y la “obligación sagrada” de servir a la patria, reconfortan a parientes y amigos, a la par que permite al Estado celebrar la muerte, produciendo representaciones y significados de sentimientos “comunitarios” y sumisión patriótica:

El orgullo desmedido del poder estatal se oculta a simple vista: los soldados muertos ‘dan sus vidas’ (nadie las tomó), y ahora ‘duermen uno junto al otro’ (en una suerte de larga, fraternal siesta). Punchbowl muestra al Estado trabajando en la producción de las ficciones reconfortantes de la necesidad y la libertad (Ferguson and Turnbull, 1999, p. 131).

No ha habido cambios significativos en la retórica asociada a los Cementerios Nacionales con las nuevas guerras virtuosas, aunque en la medida en que se concibieron como guerras sin bajas sí se ha procurado ocultar el flujo de féretros que llegan hacia ellos desde los campos e alguno de los, por ahora fracasos posbélicos en Irak o Afganistán.

Por último quisiera llamar la atención de nuevo sobre la capacidad del ejército de representar y unir a todos (o, al menos, la mayoría de) los habitantes del Estado gracias a que el ejército ha sido producido como signo de la nación. Un ejemplo que ilustra bien esta capacidad lo encontramos en el debate que se produce en el Senado de los Estados Unidos el día siguiente al inicio de la Guerra de Irak, con ocasión de una resolución de apoyo al Presidente y a las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, sobre todo “a aquellos valientes americanos (estadounidenses) que están arriesgando sus vidas por nosotros”⁷. Los comentarios de aquellos que apoyan la acción bélica y comparten alguno o todos los motivos alegados por el presidente Bush para iniciarla son perfectamente previsibles y se ajustan al guión general.

⁵ “All Americans and every free nation on earth can trace their liberty to the white markers of places like Arlington National Cemetery” *President Bush Honors the Brave and Fallen Defenders of Freedom*. Arlington National Cemetery, Arlington, Virginia. (May 26, 2003).

En: <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2003/05/20030526-1.html> (revisado 23-12-2003).

⁶ Información detallada sobre los Cementerios Nacionales de Estados Unidos se puede obtener en <http://www.cem.va.gov/CEM/index.asp> (revisado el 10-12-2006)

⁷ *Commending the President and the Armed Forces of the United States of America* (Senate – March 20, 2003), p. S4075. En <http://thomas.loc.gov/cgi-bin/query/C?r108:/temp/~r1086oTYfG> (revisado el 1-08-2006).

Son más interesantes para nuestros objetivos las palabras de aquellos (muy) pocos senadores críticos con la Guerra, por ejemplo, el senador por Massachussets, Edward Kennedy, afirmaba:

Muchos americanos (estadounidenses), incluyéndonos a muchos de nosotros en el Congreso, se opusieron a esta guerra, pero en el día de hoy y mientras dure el conflicto, estamos unidos en apoyo de los hombres y mujeres de nuestras Fuerzas Armadas. Nos comprometemos a hacer todo lo que podamos para apoyarlos (Ibíd., p.S4082).

En parecidos términos, se expresaba Feingold: “Voté en contra de la resolución autorizando el uso de la fuerza en Irak, y creo que hice lo correcto [...] Pero el comienzo de las acciones militares nos une en la medida que ahora nos centramos en el apoyo a nuestras tropas”⁸. En definitiva, la resolución se aprobó por unanimidad de los presentes, y muchas casas y autos a lo largo de todos los Estados Unidos mostraron durante meses la bandera nacional como signo de apoyo a las tropas en Irak. Muestras inequívocas todas ellas del proceso de reafirmación de la identidad nacional mediante la participación vicaria (a través de un ejército-equipo profesional) en la guerra-partido deportivo que se sigue desarrollando tras su final oficial.

Conclusiones

Las guerras que han acaecido tras el fin de la Guerra Fría, que han modelado un nuevo tipo de conflictos, que James der Derian denomina “guerras virtuosas” (2001). Esta denominación caracteriza también las respuestas de Estados Unidos tras los ataques del 11 de Septiembre de 2001 porque, como señala Alain Badiou, “en la representación formal que hace de sí mismo, el poder imperial estadounidense privilegia la forma guerra como un testimonio —el único— de su existencia [...] Los Estados Unidos se han llegado a convertir en una potencia hegemónica en y a través de la guerra” (2002, p.25). Pero estas guerras virtuosas no sirven sólo para aplicar castigos concretos a enemigos concretos, sino que también constituyen espectáculos para consumo interno y externo, y actúan asimismo como instrumentos para reafirmar la dominación en el interior del Estado y en el sistema interestatal: “En realidad, el adversario importa poco y puede ser eliminado de la escena inicial del crimen. La simple capacidad de destruir esto o aquello hará el trabajo, incluso si al final lo que queda son unos miles de pobres diablos o un ‘gobierno’ fantasma. En suma, bajo la premisa suprema de una apariencia de victoria cualquier guerra es conveniente” (Badiou 2002, p. 28).

Si prestamos atención a estas nuevas guerras virtuosas podremos entender y localizar el nuevo *Campo de Marte* bajo una espacialidad en red. Los modos de guerra reticulares implican “una inversión y una virtualización del *continuum* de la guerra” (Der Derian 2001: 160). Y si, como decía antes, la política es la continuación de la guerra por otros medios, las nuevas Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (TIC) permiten la expansión de la comunidad que celebra la guerra virtuosa. Así, el nuevo *Campo de Marte* rodea cuerpos que son conectados a las “redes dominantes de la guerra virtuosa”. El *Campo de Marte* moderno comienza en los cuarteles en los que los ciudadanos de los Estados-nación cumplen su servicio militar obligatorio, pero en la actualidad el *Campo de Marte* postmoderno surge en la cobertura mediática de las guerras. Finalmente, es conveniente enfatizar que este nuevo *Campo de Marte* postmoderno, como el antiguo *Campus Martius* romano, cubre “la fractura entre las virtudes militares y los valores civiles [que] se veía con gran claridad, representando

⁸ *Ibidem.*, p.S4091.

un vacío democrático que todo tipo de soluciones virtuosas parecen dispuestas a rellenar” (Der Derian 2001, p. 171).

El Campo de Marte postmoderno surge durante la transición de un modo de guerra, la Guerra Total Industrializada, a otro, la Guerra Deporte-Espectáculo (*Spectator-Sport*). Por supuesto que algunas naciones (Rusia, China, India...) continúan realizando la guerra conforme a modelos anteriores, pero la mayoría de las potencias que se definen como “occidentales”, y en particular los Estados Unidos, están completamente embarcados en el desarrollo de este nuevo tipo de guerra. La amenaza de la guerra nuclear y el peligro de que se materializara el Día del Juicio Final fueron circunstancias claves para alcanzar un “equilibrio del terror”, que implicaba la “resignación generalizada respecto a lo existente, hacia los poderes coexistentes de los especialistas que organizan el destino” (Internationale Situationniste 1962, p. 3). La amenaza de ataques terroristas es ahora la clave para la reconstrucción de la comunidad política, y el surgimiento de una nueva normalidad y las estructuras espaciales a las que se asocia. La Guerra “Espectáculo Deportivo” implica, por supuesto, la participación de la gente, pero de una forma muy diferente a cómo lo hacía en los modos de guerra moderno y tradicional. Ya no es necesario que batallones de ciudadanos-soldados mueran en las trincheras, ahora ciudadanos-espectadores celebran la precisión y el poderío de su “equipo” en estas supuestas “guerras sin-bajas”.

La “victoria” en la guerra uniría a la comunidad política estadounidense —y quizás a toda la “civilización” occidental, si hacemos caso de las presunciones de Samuel Huntington (1996)—, previamente purificada por Leyes “Patrióticas”, en un *Campo de Marte* virtual en perfecta comunión con sus líderes. Por lo tanto, las guerras virtuosas no se refieren sólo a distantes y puede que confusas y desconocidas —para la mayoría de los ciudadanos “normales”— tierras habitadas por formas de vida nuda, sino que son el recurso final que el gobierno de los Estados Unidos está utilizando para reasegurar sus fronteras y mantener su hegemonía. Pero, ciertamente, si la victoria no se consigue, la comunidad política se puede resquebrajar, y por eso el presidente George W. Bush se resiste férreamente a abandonar Irak de un modo que parezca implicar que los Estados Unidos han sido ya no derrotados, sino que no han cumplido los objetivos de la invasión de ese país.

Bibliografía

- AGAMBEN, Giorgio (1995). *Homo sacer: Il potere sovrano e la nuda vita*. Torino Giorgio Einaudi [trad. al inglés por D. Heller-Roazen: *Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life*. Stanford (California), Stanford University Press, 1998].
- AGNEW, John (2003). *Geopolitics: Re-visioning World Politics*. Londres: Routledge (2ª ed) [trad. al castellano por M. Lois: *Geopolítica: Una re-visión de la política mundial*. Madrid, Trama Editorial, 2005].
- BADIOU, Alain (2002). “Philosophical considerations of some recent facts”, *Theory & Event*, 6(2).
- CAMPBELL, David (1998a). *Writing Security: United States Foreign Policy and the Politics of Identity* (2ª ed). Minneapolis, University of Minnesota Press.
- DER Derian, James:
- 2001 *Virtuous war: mapping the military-industrial-media-entertainment network*. Boulder (Colorado), Westview Press.
- 2002 “The war of networks”, *Theory & Event*, 5(4).

- DILLON, M., y REID, J. (2001). "Global liberal governance: biopolitics, security and war", *Millennium: Journal of International Studies*. 30(1), pp.41–66.
- DODDS, Klaus (2000). "Political geography II: some thoughts on banality, new wars and the geopolitical tradition", *Progress in Human Geography*. 24(1), pp.119–129.
- EK, R. (2000). "A revolution in military geopolitics?", *Political Geography*, 19(7), pp.841–874.
- FERGUSON, K. y TURNBULL, P. (1999). *Oh, say, can you see?: the semiotics of the military in Hawai'i*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- FOUCAULT, Michel :
1967 "Des espaces autres" (Conférence au Cercle d'études architecturales, 14 mars 1967. *Architecture, Mouvement, Continuité*. 5, pp.46–49 [trad. al inglés por J. Miskowiec: "Of other spaces", *Diacritics*, 16(1), 1986, pp.22–27].
1997 *Il faut défendre la société: cours au Collège de France (1975-1976)*. Ed. établie, dans le cadre de l'Association pour le Centre Michel Foucault, sous la direction de François Ewald et Alessandro Fontana, par Mauro Berani et Alessandro Fontana [trad. al inglés por D. Macey : *Society must be defended: lectures at the Collège de France, 1975-76*. New York, Picador, 2003].
- GRAY, C. H. (1997). *Postmodern war: the new politics of conflict*. Londres: Routledge.
- HUNTINGTON, Samuel P. (1996) *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. Nueva York, Simon & Schuster [trad. al castellano por J. P. Tosaus: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona, Editorial Paidós, 1997].
- Internationale Situationniste (1962). "Géopolitique de l'hibernation", *Internationale Situationniste*. 7, 3–10.
- KALDOR, Mary :
1999 *New and old wars: organised violence in a global era*. Cambridge, Polity Press.
2002 "Beyond militarism, arms races and arms control" (After September 11 Archive, *Social Science Research Council*). En <http://www.ssrc.org/sept11/essays/kaldor.htm> (revisado el 28-02-2004).
- LACLAU, Ernesto (1994). "Introduction", en E. Laclau (ed.) *The Making of Political Identities*. Londres, Verso.
- LATHAM, A. (2002). "Warfare transformed: a braudelien perspective on the 'Revolution in Military Affairs'", *European Journal of International Relations*, 8(2), pp.231–266.
- MANN, Michael (1987). "War and social theory: Into battle with classes, nations and states", en C. Creighton y M. Shaw (eds). *The sociology of war and peace*. Londres, Macmillan, pp.54-72.
- NORTON, Anne (1988). *Reflections on political identity*. Baltimore (Maryland), Johns Hopkins University Press.
- Office of Homeland Security (2002). *National Strategy for Homeland Security*. Washington, DC.
- PICK, Daniel (1993) *War Machine: The Rationalisation of Slaughter in the Modern Age*. New Haven y Londres, Yale University Press.
- PLATNER, S. B. (1929). *A Topographical Dictionary of Ancient Rome*. Londres, Oxford University Press [Thomas Ashby (rev.)].
- SCHAMA, Simon (1989) *Citizens. A Chronicle of the French Revolution*. Harmondsworth, Penguin.
- SCHMITZ, L. (1875) "Comitia centuriata", en W. Smith (ed). *A Dictionary of Greek and Roman Antiquities*. Londres, John Murray.

SHAPIRO, Michael J:

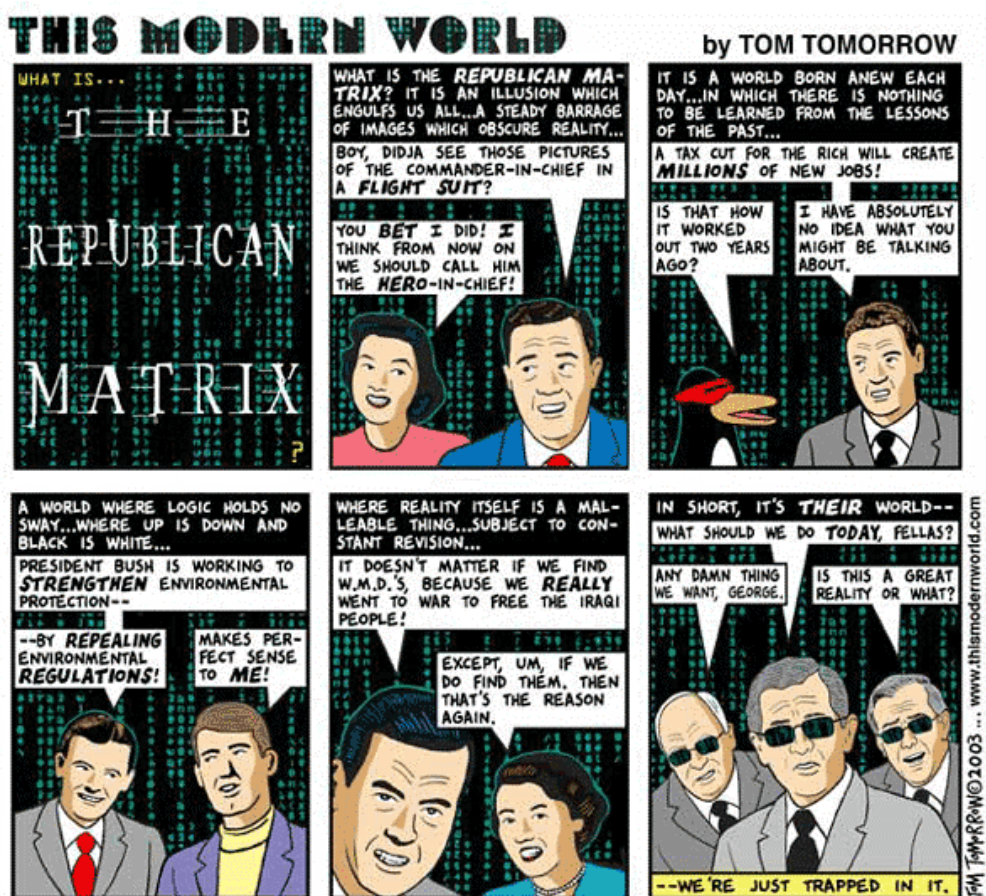
1996 “Warring bodies and bodies politic: tribal warriors versus state soldiers”, en M. J. Shapiro, y H. R. Alker (eds.). *Challenging boundaries*. Minneapolis, University of Minnesota Press, pp.455–480.

2004 *Methods and Nations*. Londres, Routledge.

WILLIAMS, R. W. (2003) “Terrorism, anti-terrorism and the normative boundaries of the US polity: the spatiality of politics after 11 September 2001”, *Space and Polity*. 7(3), pp.273–292.

ZIZEK, Slavoj (2003) “The Iraq War: where is the true danger?” (fragmento de la conferencia “Love without mercy”, introducción al número 21 de la revista *Lacanian Ink*, 10 de Marzo de 2003). En <http://lacan.com/iraq.htm> (revisado el 27-05-2004).

Ilustración 1



Fuente: Tom Tomorrow: “This Modern World”, *Honolulu Weekly* 13(21) (May 21-27, 2003), p.32.